



ANNA CABALLÉ¹

Universidad de Barcelona - Anna.caballe@ub.edu

Artículo recibido: 15/01/2012 - aceptado: 02/02/2012

LEYENDO A JORGE SEMPRÚN EN VIRGINIA

RESUMEN:

EL artículo analiza, a raíz de un curso sobre la autobiografía dictado en la Universidad de Virginia, uno de los libros más celebrados del escritor hispano-francés Jorge Semprún: *La literatura o la vida*, concebido y publicado originalmente en francés (1994). Y lo ubica en el contexto de su obra literaria que la muerte del escritor selló definitivamente. En ella, la reescritura es un recurso constante. Por lo tanto, muchos pasajes del texto son reelaboraciones de episodios que figuran en sus libros anteriores. Un fenómeno que se observa desde su primera obra publicada, *El largo viaje* (1963).

PALABRAS CLAVE: Jorge Semprún, campos de concentración, Buchenwald, Hipertextualidad, Maurice Halbwachs.

ABSTRACT:

This article analyzes, following the death of Jorge Semprun in June 2011, one of his most valued books: *Literature or Life*, written and published originally in French (1994), contextualizing it within all of his literary work. In the latter, hypertextuality and rewriting are two constant resources, therefore many passages of the text are reworkings of

¹ Anna Caballé Masforroll, profesora de Literatura Española de la Universidad de Barcelona y responsable de su Unidad de Estudios Biográficos. Obtuvo el Premio Extraordinario de Doctorado por su tesis sobre la autobiografía en España. Ha publicado los libros *La vida y la obra de Paulino Masip* (Edicions del Mall, 1987); *Narcisos de tinta. Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (1939-1975)* (1995); *Mi vida es mía*, en colaboración con Joana Bonet (2000), *Francisco Umbral. El frío de una vida* (2004), *Cinco conversaciones con Carlos Castilla del Pino* (2005), *Una breve historia de la misoginia* (2006), *El bolso de Ana Karenina* (2008) y *Carmen Laforet. Una mujer en fuga*, en colaboración con Israel Rolón (2010). Directora de la colección *La vida escrita por las mujeres*, en cuatro volúmenes (2003) es también autora de numerosos trabajos en obras colectivas relacionadas con su especialidad: la escritura auto/biográfica. El más reciente, su participación en el libro *27 de septiembre. Un día en la vida de las mujeres*, Esmeralda Berbel (ed.) (2009).

Crítica habitual del suplemento literario del periódico *ABC* y colaboradora en las páginas de Opinión de *La Vanguardia*, es editora de la revista *Memoria* (Servei de Publicacions de la UB), y directora de la colección *Vidas escritas*.

episodes contained in previous books. A phenomenon observed since his first published book, *The Long Voyage* (1963).

KEYWORDS: Jorge Semprún, concentration camps, Buchenwald, hypertextuality, Maurice Halbwachs.

1

La muerte del escritor español en lengua francesa Jorge Semprún, en junio de 2011, a los 87 años, me decidió finalmente, después de algunas dudas (pues siempre es difícil la selección de cinco o seis obras para un curso entre las muchas posibles) a incluir uno de sus libros más autobiográficos (aunque todos lo sean), concretamente *La escritura o la vida* (1995)², en el curso «Autobiografía en España» que estoy dando en la Universidad de Virginia en el momento de redactar estas páginas. Es así como he vuelto a releer parte de su obra, reubicándola en un nuevo contexto, el de una trayectoria literaria que la muerte del escritor ha sellado definitivamente. Ha sido una experiencia ambivalente porque son muchos los interrogantes que, en mi opinión, plantea su obra, pero el intercambio de observaciones y análisis con los estudiantes de postgraduado a los que va dirigido el curso ha enriquecido enormemente mi propia lectura de la obra de Semprún. Lo que sigue a continuación quiere ser una síntesis de todo ello.

Lo cierto es que el aspecto físico del escritor mostraba un gran cansancio cuando en abril de 2010 asistió a la conmemoración del 65 aniversario de la liberación del campo de Buchenwald, invitado por la ministra-presidenta del Gobierno de Turingia, Christine Lieberknecht, y el director del Monumento de Buchenwald-Dora, el profesor Volkhard Knigge. Hacía pensar en su fragilidad que, por supuesto, contrastaba con el aspecto firme y resuelto que siempre había ofrecido Semprún. Y también hicieron pensar en su fragilidad, de forma inequívoca además, sus palabras de unos días antes: «Por última vez, pues, el próximo 11 de abril, ni resignado a morir ni angustiado por la muerte, sino furioso, extraordinariamente irritado por la idea de que pronto ya no estaré aquí, en medio de la belleza del mundo o, por el contrario, en su grisácea insipidez –que en este caso concreto son la misma cosa–, por última vez, diré lo que creo que tengo que decir». (Semprún 2010). Y lo que tenía que decir, y dijo, fue que en la literatura quedaba la única posibilidad de supervivencia de la memoria de los campos de concentración. De los muchos campos que ha conocido el siglo XX: los campos franceses de Argelès, Saint-Cyprien, Vernet d'Ariège o Rieucros, acogiendo a

² El libro se publicó en francés, *L'écriture ou la vie*, en 1994 y en castellano traducido por Thomas Kauf un año después, en Tusquets.

unos estupefactos republicanos españoles que no podían dar crédito al (mal)trato que recibían; el terrible Gulag siberiano cuyo horror sería denunciado tempranamente³, entre otros, por Vasili Grossman o Alexander Solzenitsyn o los campos de concentración y exterminio concebidos por los nazis, los Lager, distribuidos por una amplia zona geográfica, extendida por Alemania, Austria y Polonia. Por no hablar de aquellos que han quedado orillados del «discurso oficial», como recuerda Gabriela Andicoechea quien remite al problema de la autoridad que prestamos a la historiografía: «Hay situaciones que permanecen al margen [de la memoria histórica que hay que preservar], como los campos de concentración instalados en los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, o las víctimas del *Khmer Rouge*»⁴.

Si los escritores, sostenía Semprún, no se apoderan de lo que en algún momento fue una memoria viva y doliente, manteniéndola en alto mediante la imaginación creadora, ese testimonio, el hecho de asistir a la muerte masiva e inhumana de seres indefensos a los cuales se les expoliaba en vida de una forma nunca practicada hasta entonces, y, sin embargo, muertes concebidas y ejecutadas por seres humanos en el seno de una poderosa civilización, la memoria de lo sucedido, defendía Semprún, se extinguirá. ¿Haría bien en extinguirse el recuerdo de la desdicha? ¿Es función de la literatura mantener viva permanentemente la huella del oprobio? Una estudiante del curso, Melissa J. Frost, tiene muy claro que no siempre puede ser una buena idea la propuesta de Semprún: «La presencia del Holocausto en el discurso educacional ha logrado que se imprimiera en el conocimiento colectivo de mi generación. Pero el exponernos a tanta información nos ha causado un alarmante grado de indiferencia hacia el tema. Esta indiferencia no es intencional ni consciente. Simplemente es un mecanismo de defensa, la empatía que nos brotaba de adolescentes al conocer el Holocausto llegó a su cima. Ahora nuestros intereses están más próximos al sufrimiento de los hombres y mujeres de hoy»⁵. Es decir, que la insistencia en la memoria de un hecho puede generar efectos indeseados. Es una cuestión ampliamente debatida en los últimos años⁶.

³ Digo tempranamente porque aunque el Gulag siberiano conociera su etapa de mayor y más frenética actividad en torno a 1930, en 1963 la intelectualidad occidental no estaba preparada todavía para aceptar el fracaso y la corrupción moral del régimen soviético. Una polémica reciente la protagonizó Martin Amis con su ensayo, a medias biográfico, *Koba the Dread. Laughter and The Twenty Million*, en el que denunciaba el doble rasero con que fueron juzgados el nazismo y el comunismo al empezar a conocerse en el mundo occidental los abusos cometidos por Stalin.

⁴ «Comunicar y legislar la memoria», SPAN 7850, 8/12/2011.

⁵ «El cuerpo donde habito: La distancia entre el Yo y el cuerpo en Semprún y Eakin», SPAN 7850, 8 de diciembre de 2011.

⁶ Véanse por ejemplo de Pierre Nora un libro temprano: *Les Lieux de mémoire* (1987); de Jacques Derrida: *Mal de archivo. Una impresión freudiana* (1994); de Tzvetan Todorov: *Les Abus de la mémoire*

En todo caso, subrayo una idea que ha vertebrado la poética del escritor hispano-francés (Madrid, 1923-París, 2011) que si bien nació y creció en España y a ella volvió clandestinamente para organizar el PCE en los años cincuenta⁷, optó por escribir en francés prácticamente toda su obra. Esta idea podría sintetizarse así: la experiencia humana pervive si, y sólo si, es capaz de transformarse en arte. Una idea que viene, en su caso, de muy lejos. Es decir que los lectores del escritor la conocen sobradamente porque ha impregnado toda su obra. No sólo eso sino que las referencias a cómo contar lo que se propone están manifiestamente presentes a lo largo de ella y el proceso metatextual es una parte imprescindible de su literatura. Desde su primer libro *El largo viaje* (1961) y hasta el último considerado en estas páginas, *La escritura o la vida*. Gaby Miller recuerda un pasaje muy significativo: en el comienzo del capítulo octavo, titulado «El día de la muerte de Primo Levi», el narrador asegura estar convencido, una tarde de abril de 1987, de que no va a utilizar un pasaje escrito en 1945 en el libro que está escribiendo en estos momentos (y que resulta ser *Netchaiev ha vuelto*, no *La escritura o la vida*). El pasaje hace relación al viaje que hizo Robert Marroux por una Alemania desolada hasta llegar a Buchenwald, en busca de un camarada de la Resistencia. El narrador ha releído dicho pasaje, escrito al calor de la experiencia, pero le ha dejado frío: «Sólo contenía informaciones, sin duda necesarias. Pero las informaciones, incluso las más necesarias para la transparencia de un relato, nunca me han entusiasmado» (1995 242). Como dice Miller, es un capítulo importante pues revela bien el funcionamiento de la escritura sempruniana y es, de nuevo, «una alusión implícita a su propio disgusto por los testimonios»⁸. En efecto, el menosprecio de Semprún ante la narración de los hechos carente de elaboración literaria es tan sutil y variado como constante (una especie de bestia negra para el escritor, que la combate quijotesca). Otro ejemplo. Unas páginas más adelante, en el mismo capítulo, el narrador evoca un sueño vinculado a sus frecuentes visitas clandestinas a dos militantes del PCE, en Madrid, en 1961: Manuel [Azaustre] y su esposa María. Después de cenar, Manuel, superviviente de Mauthausen, se enreda en sus recuerdos: «Era desordenado, confuso, demasiado prolijo, se empantanaba en los detalles, carecía de visión de conjunto, todo lo contemplaba bajo el mismo prisma, lo enfocaba de la misma manera. Se trataba de un testimonio en estado bruto, en suma: un revoltillo de imágenes. Un desahogo de hechos, de impresiones, de comentarios ociosos». (1995 258) La observación de Semprún ante la *memorabilia* de su amigo constituye una verdadera poética –orden, coherencia, profundidad– de lo que en su opinión es, debe ser,

(2000). Un resumen de la polémica puede leerse en el artículo: «Testimonios de la deshumanización: algunas notas sobre literatura concentracionaria», de Javier Sánchez Zapatero (2011).

⁷ Y fue nombrado Ministro de Cultura de España, en el gobierno de Felipe González, entre 1988 y 1991. De aquella experiencia saldría un libro algo precipitado: *Federico Sánchez se despide de ustedes* (Tusquets, 1993).

⁸ «El proceso de ficción en *La escritura o la vida*», SPAN 7850, 8/12/2011.

un relato eficaz y bien construido, y por ello merecedor de ser recordado. Por la misma razón, en un pasaje de su novela *Aquel domingo* (1981) califica al poeta alemán Johann Peter Eckermann, conocido por sus *Conversaciones con Goethe*, de «imbécil» a causa de la flojedad de sus descripciones. ¿Qué no hubiera escrito Semprún en su lugar? Jorge Semprún entrevistando a Goethe, un espejo en el que no dejó de reflejarse el novelista hispano-francés y con intensidad progresiva. Hubiera sido un pulso verdaderamente olímpico entre dos dioses.

Sarah Lane por su parte recuerda en su trabajo la conversación que evoca el narrador con Louis Aragon donde ambos hablan «de la mentira verdadera de la literatura». (1995 199) ¿Y cuál es esa mentira «verdadera»? se pregunta Lane. «Creo que se basa en lo que puede haber de verdadero de una experiencia en la narración», añade⁹. La modernidad de Semprún está en haber incorporado las dificultades que ofrece la narración de un hecho traumático en el propio texto. Y la defensa de la omnipotencia del narrador es, en este sentido, tan concluyente como su menosprecio ante la flojedad descriptiva que observa a su alrededor. Ya en su primera novela, *El largo viaje* (1963), al expresar retóricamente sus dudas sobre si mencionar o no a su compañero de trayecto, el llamado «chico de Semur», en el largo viaje en tren que les conduciría a Buchenwald, escribe que lo hará porque, finalmente, «esta historia la escribo yo, y hago lo que quiero» (1994 26) (una lógica narrativa de formulación autoritaria, aunque indiscutible). En uno de sus últimos libros, *La escritura o la vida*, congelará la imagen del editor Carlos Barral cuando éste se acerca a su mesa con las manos tendidas para entregarle el ejemplar correspondiente a la edición en castellano de *El largo viaje*¹⁰ (¿por qué es la imagen de Barral la detenida, y por tanto hasta cierto punto humillada, y no la de Giulio Einaudi, Claude Gallimard, Barney Rosset o George Weidenfeld, es decir cualquiera de los otros editores europeos allí presentes y copartícipes en la concesión del galardón?). El narrador es tajante en su actitud: «(Q)uien escribe soy yo, soy el Dios todopoderoso de la narración. Si así me viniera en gana, podría petrificar a Carlos Barral en su actitud actual, inmovilizarlo en un presente que podría alargar a mi antojo» (1995 287) y aprovecha la imagen detenida para recordar su expulsión del PCE en 1964, junto a Víctor Claudín. Cuando regresa al presente narrativo escribe: «Lleva un tiempo indefinido de pie junto a mi mesa, con el ejemplar español de mi novela en la mano. Una sonrisa en los labios, petrificada. Voy a devolver vida, colores, movimiento a Carlos Barral. Hasta voy a escuchar las palabras que trata,

⁹ «La memoria histórica», SPAN 7850, 8/12/2011.

¹⁰ Semprún ganó el primer Prix International Formentor y la entrega del mismo se hizo el 1 de mayo de 1964 en una cena de gala en Salzburgo con asistencia de los doce principales editores europeos que lo avalaban. Cada uno hizo entrega al autor premiado de un ejemplar de *El largo viaje* en la lengua propia de la editorial que representaba. Cuando le tocó el turno a Barral éste hubo de decirle que el ejemplar en castellano saldría de la imprenta mexicana de Joaquín Mortiz al no haber logrado autorización de la censura franquista para publicarse.

hasta el momento en vano, de hacerme oír. Es muy magnánimo por mi parte: un Dios de la narración no suele conceder la palabra a los personajes secundarios de su relato, por temor a que abusen y hagan lo que les venga en gana, creyéndose protagonistas y perturbando así el curso de la narración» (Id. 290). Es decir, que se mantiene a raya al personaje «secundario» Carlos Barral, no sea que adquiriera un volumen indeseable en su libro, el libro de Semprún y exclusivamente dedicado a sí mismo. La necesidad que siente el narrador de pararle los pies a Barral, de hacerle esperar en su rememoración de aquella cena de gala, deteniendo por largo tiempo su imagen mientras éste le tiende un ejemplar de *El largo viaje*, parece obedecer a motivaciones internas del narrador, biográficas, más que a exigencias narrativas que suelen ser sensibles y pueden llegar a ser muy generosas con los personajes secundarios. Suena a una pequeña venganza con el editor catalán y magnífico memorialista. Porque la importancia de Carlos Barral en la génesis del Prix International Formentor no fue precisamente minúscula¹¹... Mi sospecha coincide con la sospecha vagamente expresada por Lauren Reynolds: «Al leer *La escritura o la vida* por primera vez la obra tenía muchos aspectos que me gustaban, pero también la lectura me provocó un sentimiento raro que no pude definir»¹².

Yo también intento definir aquí ese malestar que me produce, en general, la obra de Semprún, derivado de un doble matiz psicológico. En primer lugar, por el mero hecho de ser un superviviente de un campo de concentración nazi goza de toda mi complicitad, de mi sentido de la compasión y del deber moral que todos tenemos –lo ejerzamos o no– hacia la injusticia. Pero, y al mismo tiempo, ¿qué debemos pensar de Semprún en relación a lo que dice en sus libros sobre sí mismo? ¿Cuándo, a propósito de un tema tan grave como el sufrimiento en aquellos malditos campos, el escritor refiere hechos verídicos y cuándo recurre a la invención, cobijándose en la «necesaria» elaboración literaria? No se trata de defender una actitud ingenua ante el texto literario y considerar la escritura como un acontecimiento biográfico primordial. No es eso. Pero dadas las coincidencias manifiestas, constantes, entre el narrador de la obra de Semprún y la identidad del autor, la operación de identificar las experiencias descritas por el narrador como propias en el campo de Buchenwald con las experiencias vividas por Jorge Semprún no sólo tiene sentido sino que se nos invita, como lectores, a que así lo

¹¹ Para comprender la intención de la *vendetta* sempruniana no hay más que acudir a las Memorias de Barral y a su evocación de los pormenores de aquel Prix Formentor que le fue concedido a Semprún por *Le long voyage*. Aquel año competía con la novela de Mario Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*, muy superior literariamente en opinión del editor catalán, y artífice de la organización del Premio. Barral describe con mucho detalle las razones ideológicas que impusieron a Semprún por encima del peruano (y candidato de Barral) y termina: «El premio fue para Semprún, de lo que no me dolí mucho, pero me irritó, porque si bien su libro era más que respetable, el procedimiento de reconocerlo me pareció y me sigue pareciendo algo infantil y mafioso». (1988 46).

¹² «Semprún: como un viaje en tren sin destino», SPAN 7850, 8/12/2011.

leamos y lo interpretemos. El escritor defiende el carácter novelesco, «artístico», de sus relatos en los que, sin embargo, él es el principal protagonista y prácticamente único héroe¹³.

Casi siento vergüenza de señalar lo que me parece obvio y es que al examinar su obra con el propósito de comprender un tiempo pasado que a todos nos afecta y de conocer la posición del escritor, a la luz de la visión que del mismo nos ofrece el narrador, surge una pregunta insidiosa: ¿A quién beneficia el relato? Sin que la respuesta sea excluyente, beneficia sin duda ninguna y de forma constante al escritor. Pues enmascara los aspectos más incómodos de su estancia en Buchenwald potenciando su imagen de un humanista integral cuyo espíritu se preserva libre, más allá de las amenazas materiales. Entonces ¿qué es lo que propone exactamente el escritor con su propuesta en 2010?

Por seguir con el ejemplo tomado de *El largo viaje*, novela centrada en el viaje en tren, como deportado, a Buchenwald, la presencia de «el chico de Semur» es fundamental. Es su compañero a lo largo de los 5 días y cuatro noches que dura el trayecto infernal (del 25 al 29 de enero de 1944) donde cientos de personas se apiñan en un vagón que carece de lo más imprescindible. La gente orina, defeca y muere de sed entre aquellas cuatro paredes de madera. Durante el viaje ambos intercambian citas, pasajes de la literatura francesa, en un deseo de evadirse del sufrimiento que soportan. Sin embargo, «el chico de Semur» va desfalleciendo a medida que avanza el «largo viaje», pierde la conciencia y finalmente muere, poco antes de llegar a la estación de Buchenwald, en los brazos del narrador que lo seguirá sosteniendo, ya cadáver, con su cuerpo hasta la llegada: «No me dejes, Gérard», le repite el joven a su compañero de viaje, que sí tiene identidad nominal. (1994 256) La escena es terrible y conmovedora. Sin embargo, en *La escritura o la vida* averiguamos que el personaje es fruto de la invención de Semprún: el chico de Semur, que nunca tuvo nombre, no existió, de modo que el viaje a Buchenwald forzosamente fue «otro». «El chico de Semur» resulta ser un desdoblamiento ficcional, un alter ego del propio Semprún: punto de partida de uno de sus últimos libros, *Viviré con su nombre, morirá con el mío*¹⁴.

2

El eje central de la clase dedicada a Semprún, como ya he dicho, es *La escritura o la vida*, un libro decisivo en la proyección internacional del escritor,

¹³ «A veces, el personaje tiene poderes de superhéroe», observa Juan Martínez Millán: «La escritura o la vida de Jorge Semprún: ¿libro de memorias o libro de aventuras?», SPAN 7850, 8/12/2011.

¹⁴ Publicado en francés con el título *Le mort qu'il faut* (Gallimard, 2001).

especialmente en su configuración como escritor europeo. Y sin embargo, resulta imposible aislar este libro del conjunto de su obra. Una de las cosas que me llamaron la atención al publicarse la obra fue la publicidad en torno a la misma, inspirada en la solapa del libro: Semprún a su regreso del campo de Buchenwald donde permaneció preso entre 1944 y 1945 podía haber escrito, como otros lo hicieron, de su experiencia. No era imposible escribir y, sin embargo, le habría sido imposible sobrevivir a la escritura: «tenía que elegir entre la escritura y la vida, y opté por la vida» (1994). La problemática entre la escritura y la vida (vida libre de «verdades» impuestas) es algo que Jacques Derrida descubre en las interacciones entre Lévi-Strauss y los Nambikwara, pero que cobra un nuevo matiz en la escritura biográfica. Pues, ¿cómo vivir una vida que no sea escrita, si ha de ser escrita en el futuro?, observa agudamente Zachary Rockwell¹⁵.

Semprún escribiendo por primera vez sobre Buchenwald. Ese fue el principal apoyo publicitario de la obra, reforzando la idea principal sugerida en el título: la escritura o la vida. Las opciones no eran conciliables. Todo el mundo acogió el libro como una novedad: Semprún cincuenta años después de ser liberado ofrecía un texto donde hablaba de su experiencia como superviviente, después de tantos años de guardar silencio. Pero eso no era exactamente así. Basta con leer su primera novela, *El largo viaje*, para darse cuenta de que el tema de su paso por Buchenwald estuvo presente, muy presente, desde el comienzo de su trayectoria literaria. De hecho no dejó de escribir sobre ella hasta el punto que *La escritura o la vida* puede considerarse un libro más, pues son muchos los pasajes o los motivos coincidentes con libros anteriores¹⁶. Las palabras «krematorium, ausmachen» (crematorio, apaguen) oyéndose repetidamente por los altavoces del campo cuando los bombardeos de los aliados volvieron peligroso el humo de las chimeneas. El episodio de las jóvenes francesas que visitan el campo inmediatamente después de su liberación y preguntan al narrador de forma inconsciente por las cocinas. La fijación en los domingos (*El largo viaje*, *El desvanecimiento*, *Aquel domingo*, *La escritura o la vida*). La paradoja de la proximidad de Weimar, igualmente presente en la mayoría de sus libros. Los pájaros que han dejado de sobrevolar la zona porque el olor a carne quemada les ahuyenta... El talento del narrador para las lenguas (español, francés, alemán, inglés, italiano): «Desde el principio nos sorprendemos ante la cantidad de lenguas que maneja Semprún», observa Makenzie Seiple¹⁷. El episodio de la muerte del soldado alemán cuando luchaba en la Resistencia francesa (episodio central en su novela breve *El desva-*

¹⁵ «Cuando la escritura irrumpe en la vida», SPAN 7850, 8/12/2011.

¹⁶ «La repetición como estrategia narrativa sugiere que algo queda por resolver puesto que Semprún siente la necesidad de volver a escribir sobre las mismas experiencias», comenta sagazmente Gillian Price [su trabajo no tiene título].

¹⁷ En «Al margen de un idioma: el carácter bilingüe y multicultural de la identidad de Semprún», SPAN 7850, 8/12/2011.

nacimiento, pero presente también en *La escritura o la vida* o *Adiós, luz de veranos...*). Son muchas las correspondencias e imagino los trabajos que han podido publicarse sobre la densa y abrumadora intertextualidad en la obra de Semprún y que no están a mi alcance en este momento.

Lo sorprendente es que se sugiriera que el escritor en 1995 hablaba por primera vez de Buchenwald cuando lo cierto es que no había dejado de hacerlo desde que la carrera literaria vino a reemplazar su participación activa en la política, como dirigente del Partido Comunista de España. Mi tesis es que en un primer momento, al término de la victoria aliada y del regreso del joven Semprún a París, aun queriendo escribir sobre lo sucedido no logró encontrar la forma de hacerlo¹⁸. ¿Por qué Semprún escribe en 1960, y no antes, *El largo viaje*? Porque encuentra por fin una forma literaria de abordar la experiencia y esa forma –con la que gana el Prix International Formentor en el primer año de su convocatoria– se mantendrá a lo largo de toda su obra: combinar una cronología precisa con la libertad que proporciona el discurrir asociativo de la memoria en torno a un acontecimiento revelador¹⁹. El escritor consigue con *El largo viaje* sacar fuerzas y recursos del conocimiento de su Yo que adquirió mucho antes, al enfrentarse a la experiencia de Buchenwald, ubicándola más adelante en el centro de todos sus relatos. Su deseo de ser escritor requirió la distancia temporal, pero también la asimilación de un corpus historiográfico sobre el tema para poder desarrollarse ya sin interrupción y con progresiva autoridad moral hasta convertirse en el «último superviviente europeo» de los Lager.

3

En *La escritura o la vida* los procedimientos narrativos se acumulan. En primer lugar, el autor funde el plano del presente, del Yo que no sólo estuvo en Buchenwald sino que ha leído durante 50 años lo que se ha escrito sobre aquella experiencia (y sobre otras afines) y que por tanto ya es un experto y no sólo testi-

¡Qué diferencia entre el don de lenguas que ejerce Semprún en Buchenwald y el desvalimiento que siente Primo Levi ante el grosero alemán, o polaco, que hablan los soldados de Auschwitz!

La postura de Semprún, abrazando de inmediato la lengua del exilio, está clara: «Había escogido nuevos orígenes. Había hecho del exilio una patria» (1995 293). Es una idea en torno a la cual gira uno de sus últimos libros, *Adiós, luz de veranos...* Pero el exilio siempre tiene una lengua de referencia y lo que hizo Semprún fue optar por ser un escritor francés.

¹⁸ Una idea que ha expuesto el propio Semprún en sus libros aunque dotándola de un carácter moral: *La escritura o la vida*, *Nietchaiev ha vuelto*, ...

¹⁹ En *Adiós, luz de veranos* ...leemos: «(E)sa manera de escribir. Ese ir y venir en el tiempo, entre anticipaciones y vueltas atrás, es natural en mí, en la medida en que refleja –o revela, ¿quién sabe?– mi manera de insertarme, corporalmente, mentalmente, en el curso de las cosas».(1998 189).

go de la historia que vivió y que desde el primer momento se planteó cómo contarla. Representarse el hoy de lo que una persona puede decir de sí como el ayer de lo que en tercera persona podrá decir de él es transformar la propia persona en personaje y adoptar una condición histórica, resultado del doble juego de planos temporales: retrospectivo y proyectivo formando un juego de espejos.

La habilidad de Semprún para mostrarse simultáneamente como Autor, Narrador, Actor en primera persona de los hechos, Espectador y Experto de los mismos difuminándolos en un espacio novelesco pero sugiriendo constantemente su presencia unívoca, un único referente –él mismo– es excepcional y hace muy difícil dirimir la situación real en la que se inspira el texto literario. En otras palabras, el «testimonio» de Semprún sobre Buchenwald es una mera sugestión, combatida metaliterariamente por el propio autor, de un ejercicio narrativo sólidamente construido.

¿Cuáles son las aportaciones de *La escritura o la vida*? La principal (y en mi opinión determinante del impacto que ejerció sobre tantos lectores) es el episodio relacionado con el historiador Maurice Halbwachs, fallecido en Buchenwald el 16 de marzo de 1945. No hay menciones al admirado autor de *La memoria colectiva* en sus libros anteriores, pero en *La escritura o la vida* se refieren las visitas que Semprún hacía al historiador, agonizante en el pabellón de infecciosos. El episodio sería, de nuevo, conmovedor si tuviera una posibilidad de ser cierto. El joven Semprún arrodillado ante el historiador judío alemán, moribundo –deshecho por la disentería, exhausto– recordándole sus magníficas clases en el prestigioso centro parisino Henri IV, o bien susurrándole estrofas del poema *Le voyage* de Baudelaire, mientras aquel le tiende una mirada agradecida:

«Ô mort, vieux capitaine, il est temps! Levons l'ancre!
Ce pays nous ennuie, ô Mort! Apareillons!
Si le ciel et la mer sont noirs comme de l'encre,
Nos cœurs que tu connais sont remplis de rayons!»

Es decir, creando alrededor de Halbwachs una tenue atmósfera de alivio en la que poder morir, aunque no muriera en sus brazos, como se indica en el texto, para marcar, en todo caso, un límite que la libre creación del escritor no traspasa. «Lo tomé entre mis brazos, acerqué mi rostro al suyo, quedé sumergido por el olor fétido, fecal, de la muerte que crecía dentro de él como una planta carnívora, flor venenosa, deslumbrante podredumbre». (1995 55) ¿La escena es verídica? ¿Oyó Halbwachs de verdad antes de morir, como una música tenue, esos versos de Baudelaire que hablan de una dignidad incommovible? ¿Tuvo Semprún, en efecto, con 21 años, la increíble madurez que revela el episodio? ¿O es una ficcionalización de circunstancias oídas en el campo o vistas de lejos, como la

descrita con «el chico de Semur»? El antropólogo José Antonio González Alcantud también expresaba sus reservas en un artículo: «No pretendo dudar, ya que no tengo elementos para hacerlo, de la veracidad de la muerte de Halbwachs, pero sé se puede vislumbrar que Semprún ha dramatizado su muerte con afectadas experiencias y sobresignificaciones que no acaban de ligar interiormente al relator y al moribundo» (2009 88). Se apoyaba en un estudio de Annette Becker sobre Halbwachs que considera igualmente inverosímil el pasaje de Semprún sobre la muerte del teórico de la memoria social y señala que volvería, insatisfecho con el resultado, en su siguiente obra *Vivirá con su nombre, morirá con el mío*, sobre él evocándolo con mayor profundidad (2003: 414).

En todo caso, el narrador, y no hay duda que éste remite a Jorge Semprún²⁰, consiguió en Buchenwald una atmósfera de altísimo nivel intelectual: recitaba «La fileuse» de Paul Valéry en el edificio de las letrinas mientras otro compañero le daba la réplica con versos de Baudelaire; declamaba, también en compañía, el lied de Lorelei²¹, en alemán, entre el ruido ensordecedor de decenas de pares de zuecos que, exhaustos e indiferentes, se dirigían a sus barracones. En el Lager, Semprún pudo leer la *Lógica* de Hegel, *La voluntad de poder* de Nietzsche y un ensayo sobre la libertad de Schelling; descubrió la poesía de René Char²²; pudo hablar de san Agustín con algún otro preso y mantuvo un tenso cruce de espadas intelectual con un teniente americano de origen alemán, el teniente Rosenfeld, que no sólo conocía las *Nouvelles conversations de Goethe avec Eckermann*²³ de León Blum sino que era un experto en Heidegger, en Goethe y en Bertoltcht Brecht. Con dicho teniente Rosenfeld el preso 44904 se pasará asimismo por Weimar, una vez liberado el campo por parte de las tropas estadounidenses. Ambos hombres visitarán las dos casas de Goethe: la casa museo del Frauenplan, en el centro de la ciudad, y la modesta del Gartenhaus donde el escritor vivía felizmente con Christiane Volpius, resguardado de la estricta etiqueta cortesana. La contraposición geográfica y moral entre Weimar y Buchenwald está presente en toda su obra y sin duda es un gran acierto literario. Junto a la pequeña y luminosa ciudad que un tiempo fue la sede del humanismo europeo (en ella vivieron Lucas Cranach el Viejo, Johan Sebastian Bach, Herder, Goethe, Schiller y Liszt) se había edificado una siniestra prisión destinada a seres cuya única culpabilidad era no ajustarse a los principios racistas del III Reich. Semprún crea una réplica

²⁰ «(L)a voz no decía mi número, decía mi nombre verdadero. No llamaba al detenido 44904 –Hälting vier und vierzig tausend neun hundert vier–, llamaba al camarada Semprún». (1995 73).

²¹ Una clásica composición alemana escrita por Heinrich Heine en 1824. Sus primeros versos: «Ich weiss nicht, was sol es bedeuten,/ dass ich so traurig bin».

²² «Creía saberlo todo [22 años], o casi todo, del ámbito poético francés, pero ignoraba a René Char» (1995 91).

²³ El libro, otro motivo sempruniano, merece un comentario mucho más amplio en las primeras páginas de *Aquel domingo* (1981).

distorsionada de Weimar en el seno de Buchenwald. También hay justas poéticas, conversaciones apasionadas sobre libros y la mirada del hombre dotado ante una colectividad informe. El escritor dota de humanidad un espacio que se caracterizó por desposeerla a sus habitantes. Allí donde Primo Levi asegura que hombres y mujeres se convertían en seres repugnantes, desposeídos de cualquier átomo de «ser», al tener que vivir sin los atributos humanos más elementales (el nombre, el reconocimiento de la propia imagen –no había espejos en los campos–, el hecho de vestirles con harapos, ...), el novelista hispano-francés se muestra a sí mismo más espiritual que nunca, oponiendo una resistencia envidiable, toda la carga del «ser», a la vida contingente a la que tenía que enfrentarse.

En *Aquel domingo* se recurre a la brutal contraposición de atmósferas Weimar/Buchenwald. El bosque de Ettersberg que los presos podían avistar desde las alambradas del campo, era el mismo al que Goethe solía acudir, más de una vez con el fiel Eckermann. Gracias a él conocemos el siguiente episodio. Los dos hombres salieron una mañana de Weimar con la intención de acercarse al bosque de Ettersberg²⁴. Goethe en algún momento de la excursión dio orden de detener el carruaje, entre los robles y las hayas del camino, para descansar y dar cuenta de un frugal desayuno: perdices asadas acompañadas de panecillos frescos y pepinillos en vinagre y un excelente vino, todo ello extraído de una práctica cesta de mimbre que Goethe había comprado en Marienbad y de la cual se sentía enormemente satisfecho. La descripción de Eckermann, tan preocupado con que el autor de *Las afinidades electivas* no coja frío sentado sobre las húmedas piedras del bosque, es deliciosa en su sencillez, a pesar del disgusto que le causa a Semprún por su falta de elaboración literaria. Es cierto, el texto no tiene pretensiones ni hay por qué exigirlas cuando el lector, al menos esta lectora que ahora escribe, se siente recompensada por la información que sin la solicitud de Eckerman desconoceríamos.

Diría que esta es la diferencia interna (porque la externa, ya se ha dicho, es la presencia de Halbwachs) que se marca de una forma ya muy visible en La escritura o la vida respecto a los libros anteriores: el personaje describe su relación con el mundo indirectamente, a través de la cultura, como único prisma transmisible de la experiencia. Y eso, presente siempre, adquiere en dicha obra una consistencia extraordinaria. Semprún se presenta a sí mismo como el prototipo del hombre contemporáneo culto y refinado, depositario de una valiosa tradición literaria en varias lenguas, apátrida porque aspira a ser europeo y un ser, en fin, que ha hecho de su vida interior una fortaleza indestructible así como un espejo de resistencia moral. Ante cualquier situación, por dura que sea, al personaje le

²⁴ El 24 de septiembre de 1827, y no el 26, como señala Semprún en *Aquel domingo* (Eckermann 1982).

basta con adentrarse en sí mismo –meditar, soñar, recordar– para disfrutar de las alegrías que esa vida interior puede proporcionarle y que actúa como contrapeso ante la desdicha. En la primera noche de «el largo viaje» hacia Buchenwald, el autor se recita a sí mismo largos pasajes de *Du côté de chez Swan* (1994 85) En *Adiós, luz de veranos ...* (1998) un Semprún adolescente, en el trayecto en metro a Saint-Prix, se recita a Rimbaud o Baudelaire para combatir la incomodidad que siente ante el gentío en los transportes públicos. Puede estar solo, en medio de la multitud y esclavizado pero se concede la libertad de la meditación y ésta, como una forma de respiración favorece su resistencia, encapsulando la experiencia y ayudándole a soportarla. Por ejemplo, él está soportando una de esas largas colas que tango gustaban a los SS, en la explanada de Buchenwald y hace mucho frío: «Se convierte tu cuerpo en un magma de tejidos y de vasos placentarios. Se ha tornado maternal, te mantiene resguardado, paradójicamente, en un capullo de entumecimiento protector. Y ya no eres más que la pequeña llama solitaria de la meditación, de la memoria: una morada apagada en la que sólo brillase una lámpara tutelar. Sin duda, a eso se le llama alma, si se gusta de las frases hechas». (1981 78-79)

Para mí esta es la principal aportación de Semprún a la literatura vinculada a los Lager: nos recrea una intensa y luminosa vida interior oponiéndola a la sordidez del ambiente. Stephanie Gates planteaba cómo el lenguaje poético actúa en *La escritura o la vida* como mecanismo liberador del encierro. Gracias a la poesía se olvida de la dureza que vive en el presente²⁵. De modo que es un hombre capaz de enfrentarse a un futuro. Pero también esto mismo constituye el centro del malestar que siento como lectora. ¿Era posible tanto espíritu en aquel no-lugar? Lo observa Ryan M. Johnson, comparándolo con el autor de *La noche* (1956-1958), el húngaro Elie Wiesel: «Wiesel cierra su historia justo después de la liberación. Para entonces ha perdido por completo su fe en la humanidad y en Dios. Semprún, sin embargo, nos muestra lo que ocurrió después»²⁶.

Lo cierto es que de la experiencia en Buchenwald se cuenta poco. Ya hemos dicho que se centra en unos episodios revisitados una y otra vez a partir de los cuales teje la urdimbre interna de su proyecto literario. Semprún rechaza una y otra vez el relato pormenorizado de los hechos y eso, en cierta medida, le hace sospechoso. Porque ¿qué tiene en contra del relato de su amigo Azaustre o de las precisas descripciones de Primo Levi? ¿Qué tiene, por cierto, en contra de Eckermann? Que ninguno de ellos, en su opinión, nos ofrece literatura, sino el testimonio lo más próximo posible a una experiencia vivida. Sus autores aspiran a la fidelidad, no al arte. Ésta sería la respuesta ortodoxa. Pero es evidente que

²⁵ «La romantización para la realidad colectiva», SPAN 7850, 8/12/2011.

²⁶ Ryan M. Johnson, sin título, SPAN 7850, 8/12/2011.

surgen de inmediato otras explicaciones menos complacientes con Semprún: el escritor mantuvo en el campo de Buchenwald una indiscutible posición de poder y manifestó muy poco interés en que esto se conociera. Pertenecía a la burocracia política dirigente en el campo, pues trabajaba en el influyente *Arbeitsstatistik*²⁷ que gestionaba la mano de obra y estaba dominado por los comunistas alemanes –y él pertenecía entonces al Partido Comunista francés–. Un testimonio imprescindible es el del filósofo Robert Antelme (1917-1990), exhumado por el escritor y periodista Juan Pedro Quiñonero en numerosas publicaciones. Antelme, casado con la escritora Marguerite Duras entre 1939 y 1946, y deportado a Buchenwald en junio de 1944, es autor de uno de los primeros libros escritos sobre los campos, *La especie humana*, en 1947, recibido con la misma indiferencia social con la que se leyó *Si esto es un hombre*, de Primo Levi. Poco tiempo después, en 1950, sería expulsado del PCF a causa de una denuncia hecha por un miembro del Partido. Se le acusaba de haber hecho comentarios críticos o mordaces sobre varios temas, entre ellos la política del PC en Buchenwald. Antelme respondió con una carta dirigida a Raymond Guyot en la que no sólo evocaba su estancia en el campo y acusaba a Semprún de ser él quien le había denunciado sino que hacía una autocrítica en profundidad, reconociendo las serias dudas morales que le acompañaban por su comportamiento en Buchenwald. ¿Habían actuado correctamente?²⁸. Años después, fallecido Antelme y publicado *La escritura o la vida*, su viuda volvería sobre aquel episodio recordando de nuevo la traición del escritor en su artículo «Jorge Semprún n'a pas dit la vérité», publicado en *Le Monde* (1998). El escritor negó a la prensa francesa dichas acusaciones y de ello se hizo eco el crítico Rafael Conte en un artículo de 1998, «La memoria como arma arrojadiza».

En su carta al camarada Guyot, Antelme no sólo acepta, por haber pertenecido a esa élite de prisioneros que trabajaban en el *Arbeitsstatistik*, su cuota de responsabilidad en la inhumana selección de quienes debían ir a los hornos crematorios y quienes eran «útiles para el servicio», sino que confiesa las angustias que él mismo sufría, perseguido por el recuerdo de quienes no lograron salvarse a causa de su decisión. La posición del Partido Comunista estaba clara: ellos, los comunistas, eran los únicos depositarios de la verdad y su supervivencia dentro del campo era imprescindible para lograr en el futuro un nuevo orden social. Semprún no deja de referirse al influyente *Arbeitsstatistik* en numerosas ocasiones en todos sus libros, sin revelar muy bien la naturaleza de su trabajo, más que de una forma tangencial y sin mencionar apenas las muchas situaciones difíciles, dramáticas,

²⁷ Oficina que distribuía el trabajo en el campo y por tanto obraba en su poder la decisión de salvar a un preso o condenarlo.

²⁸ Hessel también haría referencia a los términos de su solidaridad en sus memorias : «Los comunistas eran muy solidarios ... entre ellos» (2011).

que en aquella oficina debieron de vivirse. El autor elige el domingo, los domingos²⁹, en Buchenwald: la poderosa *Arbeitsstatistik* está cerrada, de modo que puede hablar, sin hablar, de la experiencia concentracionaria. Pues los domingos, los privilegiados presos del *Arbeitsstatistik* pasean, se asoman a la colina de Ettersberg, oyen la música de Zarah Leander, incluso ven cine ocasionalmente, pueden ir al burdel del campo, fuman... Y comen. Patatas asadas en la estufa de la oficina, pan con margarina, cerveza, paté procedente de la cantina de los SS... Cuando Semprún se presentó, al poco de la liberación, ante una revisión médica obligatoria a todos los supervivientes el médico mostró su sorpresa: «Es inaudito». (1995 207) Y es que la salud de Semprún era perfecta. El escritor lo atribuye en *La escritura o la vida* a su propia fortaleza física, cuando al lector le resulta evidente que otro régimen de comidas le hubiera conducido, inevitablemente, como a tantos, a la desnutrición y a la enfermedad, incluso a la muerte.

Es decir que las elecciones están hechas cuidadosamente y responden a un interés del escritor por aprovechar su extraordinaria experiencia vital minimizando sus aspectos más discutibles y transformándolos en una exaltación de lo más noble del espíritu humano. El lector sospecha que el autor/ narrador reacomoda el pasado definiendo lo que hay que recuperar de su propia experiencia, siendo la medida del proceso selectivo que controla y jerarquiza lo que «debe» recordarse. Pero en el centro de su proyecto literario está él y todos sus apócrifos: Gérard (mientras trabajaba para la Resistencia), Georges Folco, Federico Sánchez, y otras identidades adoptadas en la clandestinidad de la lucha anti-franquista); y el Narrador a efectos textuales, como Proust, con una corte de personajillos dispuestos a reforzar la figura del Héroe, el hombre de acción y de pensamiento, el que no siente el dolor, el que posee el don de lenguas, el que seduce a las mujeres con su gran atractivo, el que puede decirse poemas toda una noche para superar el dolor, el que asombra al médico de la Cruz Roja por su resistencia, el que verá antes que nadie la catástrofe del comunismo, el clarividente político, el profeta. Carlos Fuentes en un elogioso artículo que dedicó a *La escritura o la vida* afirmó que era «un canto [de Semprún] a sí mismo» (1996). En efecto, puede leerse la obra de Semprún como un canto del escritor a sí mismo que al tener como fondo histórico los acontecimientos históricos

²⁹ La trascendencia que tienen los domingos en la obra de Semprún impone. Siendo un adolescente interno en el Liceo Henri IV de París el domingo era el día de la cita familiar en Saint-Prix, población próxima a la capital donde vivía el padre de Semprún, José María de Semprún Gurrea, con la antigua institutriz suizoalemana de sus hijos, Annette Litschi (a la que Carlos Semprún Maura, hermano de Jorge, llama «la perra» en su libro *El exilio fue una fiesta. Memoria informal de un español de París* (1998) y dos de ellos, los menores. Los desplazamientos dominicales hasta Saint-Prix son recreados por Jorge Semprún en *Adiós, luz de veranos ...* con un procedimiento idéntico al del resto de su obra: son sus propios estados de conciencia los que absorben el interés del relato, que concluye con la llegada a Saint-Prix. Para conocer cómo transcurrían aquellos traumáticos domingos familiares hay que leer *El exilio fue una fiesta...*

y políticos más decisivos del siglo XX juega con una carga emocional de tan considerable magnitud que se hace muy difícil desvincular el narcisismo del autor de la condición trágica de la vida a la que remite una de las palabras más frecuentes en su obra: deportado. Como escribe Kristin Connor: «Es imposible leer a Semprún y no preguntarse ¿qué haría yo?»³⁰.

La clave que nos ayude a comprenderlo de nuevo puede estar en Goethe: en el mismo pasaje del delicioso almuerzo antes mencionado el escritor se muestra irritado ante Eckermann por la flaqueza que muestran los poetas de su tiempo, siempre quejándose, siempre descontentos con su suerte y con ello «no hacen más que empujarse unos a otros hacia mayores sinsabores». (Eckermann 236) A esa literatura «de hospital» opone Goethe una poesía «verdadera», capaz de «armar de valor a un hombre para los combates de la vida». Acaso pueda leerse la literatura de Semprún como el ejercicio de la *lectio* goethiana según la cual la poesía nos ha sido dada para superar las dificultades de la existencia y reconciliar al ser humano con el mundo. Y así, frente a la flaqueza que conlleva el testimonio de quien fue y se sabe víctima, Semprún opone una ideal fortaleza del espíritu que no se permite claudicar, aunque siempre es él quien la encarna. En todo caso, un paso más en la proyección del escritor como intelectual europeo.

³⁰ «La polémica de *La escritura o la vida*», SPAN 7850, 8/12/2011.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adler, Laure. *Marguerite Duras*, trad. Thomas Kauf. 1998. Barcelona: Anagrama, 2000.
- Antelme, Robert. «À l'attention du camarade Raymond Guyot». Secrétariat de la Fédération de la Seine du Parti Communiste Français, Mars 1950», *Lignes* 33 (1998).
http://www.scribd.com/full/458834?access_key=izjzflueifca
- Barral, Carlos. *Cuando las horas veloces*, Barcelona: Tusquets, 1988.
- Becker, Annette. *Maurice Halwachs: un intellectuel en guerres mundiales 1914-1915*, Paris: Agnès vienot éd., 2003.
- Conte, Rafael. «La memoria como arma arrojadiza», *Leer* (1998): 4-7.
- Derrida, Jacques. «Mal de archivo. Una impresión freudiana», *Derrida en castellano*.
<http://www.jacquesderrida.com.ar/textos/mal+de+archivo.htm>
- Díaz Arenas, Ángel. «Jorge Semprún: retrato de una movida vida», *Instituto Cervantes de Toulouse* (Biblioteca de Autores). <http://toulouse.cervantes.es/imagenes/file/biblioteca/autores/semprun.pdf>
- Duras, Marguerite. «Jorge Semprún n'a pas dit la vérité», *Le Monde*. 8 de julio de 1998.
- Eckermann, Johann Peter. *Conversaciones con Goethe*, trad. Jaime Bofill. 1835. Barcelona: Iberia, 1982.
- Fuentes, Carlos. «¿La escritura o la vida?», *El País*. 30 de enero de 1996.
http://elpais.com/diario/1996/01/30/opinion/822956410_850215.html
- González Alcantud, José Antonio. «Maurice Halwachs en España, reflexividad sobre una ausencia», *Historia, Antropología y Fuentes orales* 41 (2009): 81-94.
- Hessel, Stéphane. *Mi baile con el siglo*, Barcelona: Destino, 2011.
- Nora, Pierre. *Les Lieux de mémoire*, Paris: Galliard, 1987.
- Quiñonero, Juan Pedro. «Der Stimmenimitator», *Retrato del artista en el destierro*. Palma de Mallorca: Ediciones Cort, 2003.
- Sánchez Zapatero, Javier. «Testimonios de la deshumanización: algunas notas sobre literatura concentracionaria», *Ínsula* 774 (2011): 13-15.
- Semprún Maura, Carlos. *El exilio fue una fiesta. Memoria informal de un español en París*, Barcelona: Planeta, 1998.
- Semprún, Jorge. *Aquel domingo*, Barcelona: Planeta, 1981.
- . *Netchaiev ha vuelto*, Barcelona: Tusquets, 1988.
- . *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona: Tusquets, 1993.
- . *El largo viaje*, Barcelona: Seix Barral, 1994.
- . *La escritura o la vida*, trad. Thomas Kauf. Barcelona: Tusquets, 1995.
- . *Adiós, luz de veranos*, trad. Javier Albiñana. Barcelona: Tusquets, 1998.
- . «Mi último viaje a Buchenwald». *El País*. 5 de abril de 2010.
http://elpais.com/diario/2010/04/05/opinion/1270418415_850215.html
- Todorov, Tzvetan. *Les Abus de la mémoire*, Paris: Arléa, 2000.